

Bueno, supongo que cuando uno cuenta una historia no debería dejarla así, como colgada en el aire, sin llegar a un final. Al menos no debería parar sin haber llegado a un final final, de esos en los que todo se resuelve y el chico se queda con la chica y los dos se van caminando tomados de la mano hacia una puesta de sol. Qué lindo, ¿no? Bueno, en mi caso, si ustedes no saben qué me sucedió antes, nada de lo que diga ahora tendrá mucho sentido. En realidad no es mi problema, aunque como no me cuesta nada, les puedo decir que me llamo Sebastián, que ahora tengo dieciséis años, que toco la guitarra en una banda llamada La Misma Basura y que hace un tiempo me pasaron un montón de cosas reimportantes. Primero: descubrí que a veces no sirve de nada estar metido hasta las orejas con una chica, si al final ella se toma un avión y se va para Estados Unidos; segundo: que hay que seguir peleando por las cosas en las que uno cree. En mi caso eso se refiere a la posibilidad de hacer música, al menos la música que me gusta, aunque el mundo se caiga a pedazos, aunque de pronto todo esté lleno de grupos

de chicos bonitos con sus videos que chorrean dulce de leche o de chicas lindas y rubias que son todas parecidas y cantan más o menos lo mismo.

Quedamos entonces en que mi historia no tenía un final a todo trapo, sino una especie de paréntesis extraño que ahora, mientras viajo en el ómnibus hacia el aeropuerto a esperar a Eliana, está por llegar a su final: el final del paréntesis, no de la historia, claro.

8 Entre que ella se tomó el avión y el momento en que otro avión la trae de vuelta, pasaron muchas cosas. Para ahorrar los momentos más lacrimógenos, voy a evitar la parte en la que ella, después de pasar casi un año de indecisiones finalmente se pudrió de vivir con la madre y decidió irse a Chicago a vivir con su padre, el exbaterista, tiro al aire. Voy a evitar esa parte, no porque sea aburrida, sino porque me hice pomada y me pasé algunos meses con un enorme agujero en el estómago, al punto que perdí el año en el liceo. Ellos no entienden un pomo de penas amorosas.

Así que ahora que el paréntesis de mi historia está a punto de terminar, voy a empezar por una noche muy especial, una noche en la que también otras cosas cambiaron para mí: la noche en que vi la muerte a la cara y descubrí que estamos en una época realmente jodida. Una época a la que tendremos que acostumbrarnos.

Era de noche, cerca de las once. Había estado toda la tarde en lo de Rafa, el nuevo baterista de nuestra banda. Él es amigo de Ricardo, el cantante, quien lo trajo cuando Eliana me/nos dejó. Es bastante bueno, como batero

y como tipo. Además es un genio con las computadoras. Esa tarde me había llamado para mostrarme que tenía un montón de mp3 de bandas muy extrañas. Estuvimos horas escuchando cosas, hablando de posibles ideas para hacer temas y se hizo algo tarde. Salí del apartamento de los padres de Rafa y empecé a caminar hacia la parada del ómnibus. Por suerte no tenía casi nada de plata encima, aunque llevaba el mp3. Mis viejos me lo habían regalado para mi cumpleaños y yo estaba copado con el aparato. Era de esos buenos, de los que tienen un botón para los supergraves.

9

Caminé hasta la esquina y justo cuando doblé me encontré de frente con dos malandras. Eran de los típicos, de esos que andan como uniformados, con sus gorros de béisbol y las camperas satinadas. Siempre que veo locos así cruzo a la otra vereda, porque ya tuve problemas antes. Nada serio, una vez me robaron una gorra vieja; otra vez me sacaron un reloj barato, pero no me importó porque yo lo había encontrado tirado. A Ricardo le habían robado el *skate*, a Nico, el bajista, un bolso y lo habían molido a piñazos porque se hizo el héroe. Podría seguir con la lista de cosas que les pasaron ya a todos, y subrayaría a todos mis amigos, pero eso no viene a cuento ahora. El asunto es que los dos flacos, más altos que yo y con más lomo, se pararon delante de mí y tuve que detenerme.

—Hola, ¿qué hacés? —me preguntó uno, de pelo castaño, como si me conociera.

—Nada —contesté y sentí que la mano venía bastante mal.

—Está bueno tu mp3 —dijo el otro y los dos se miraron—. ¿Me lo prestás?

Siempre hacían eso: si decías que no, te molían a palos, si decías que sí, se lo llevaban. Pero a mí realmente me gustaba ese aparatito.

—Es que me tengo que ir —traté de decirles como si fuera a servir de algo—, voy a perder el ómnibus.

10 La esquina estaba bastante iluminada, pero justo no había nadie más en la vereda. Entonces uno, ahora no me acuerdo cuál, me dijo que caminara junto a ellos, que si me quedaba tranquilo y hacía todo lo que me decían no me iba a pasar nada. Mi viejo ya me había dicho un montón de veces que si alguna vez me pasaba algo así, que no me hiciera el valiente, que les diera todo lo que quisieran, que no había nada, absolutamente nada, más valioso que la vida. Así que empezamos a caminar hacia la otra esquina, una esquina oscura.

Me temblaban las piernas y trataba de pensar qué hacer. Podía tratar de correr, pero ellos eran dos y seguro que eran más rápidos que yo. Si me alcanzaban, podía pasarme cualquier cosa. Así que seguí caminando con la cabeza gacha y un miedo terrible. Cuando llegamos a la esquina, estaba realmente asustado, me temblaba el cuerpo y la voz apenas me salía. Lo único que se me ocurría era decirles una y otra vez que no me hicieran nada, que yo no tenía guita.

Entonces uno me sacó el aparato y se lo mostró al otro. Los dos comentaron lo bueno que estaba.

—Ahora la guita —dijo el otro.

Saqué del bolsillo los dos billetes de diez que tenía y se los di.

—¿No tenés nada más?

—No, te juro.

Entonces sucedió. El que había hecho la pregunta me agarró de pronto del pelo y tiró con fuerza hacia atrás, al tiempo que me ponía un revólver en el cuello. Me dolía, tenía ganas de gritar, de hacer algo, pero no me animé. Sentía el caño en mi cuello, apretando y una sensación fea, ganas de vomitar. Su voz sonaba distinta ahora, casi rabiosa, como si mordiera las palabras. Pero no era exactamente rabia, era una cosa mezclada, como si estuviese enojado, pero a la vez sintiera placer con lo que estaba haciendo.

11

—Ahora te vamos a revisar, si es verdad que no tenés nada, está todo bien y te podés ir —apretó más el caño en mi cuello y no me animé a quejarme—. Pero si llega a ser mentira... si nos querés cagar... te mato, te juro que te mato acá mismo.

—¡No tengo nada, no tengo nada más! —insistí.

Me revisaron los bolsillos y descubrieron que les había dicho la verdad.

—Bueno, está bien, ahora quedate tranquilo, no corrás, no grites, andate caminando despacio y si le decís a alguien...

No hacía falta que terminara la frase. Empecé a caminar. Seguía temblando. Todo parecía irreal, como una pesadilla. La luz del farol, el cielo oscuro y medio nublado, los autos que pasaban. Las lágrimas me chorreaban por la

cara y trataba de aguantarme. Tenía unas terribles ganas de largarme a llorar, pero casi no me salía y pensaba que si empezaba no iba a poder parar. No era sólo por el miedo que había sentido, era una especie de furia e indignación, y también confusión. Eran pibes, casi como yo, no creo que llegaran a tener dieciocho años. Las dos veces anteriores todo había sido rápido: dame el gorro, tomá, listo, dame el reloj, tomá y chau. Pero ahora esa cosa de sentir que en un segundo todo podría haber terminado, que me podrían haber matado sólo porque sí, porque podían hacerlo, me daba náuseas. Era como descubrir que la línea que hay entre un lado y otro era muy finita.

Cuando llegué a la otra esquina me animé a mirar para atrás. Por supuesto que ellos ya no estaban allí. Me detuve. No sabía qué hacer. Estaba lejos de casa y no tenía ni para llamar por teléfono. No quise volver a lo de Rafa, por si todavía andaban cerca. En una de esas me seguían y se querían meter al edificio. Llegué a la avenida y vi venir un taxi. Le hice señas. Cuando paró le expliqué al chofer lo que me había pasado y le pedí por favor que me llevara a mi casa, que le pagaría el viaje allá. Me dijo que no y se fue. Lo mismo me pasó con el segundo tache-ro, aunque le ofrecí que se quedara con mi documento. Por suerte un tercero, un veterano canoso, me escuchó y aceptó llevarme.

El viaje me pareció larguísimo. Todo el tiempo escuchaba la voz diciéndome “te mato, te mato”. No podía evitar pensar qué habría pasado si hubiera tenido más plata. Lo lógico habría sido negarme, decirles que no tenía

nada más. O que justo me hubiesen parado cuando andaba con la guitarra y me la quisieran robar. ¿Qué habría hecho? Todas esas posibilidades me venían a la cabeza y no podía dejar de verles las caras, sentir la respiración del que me apuntaba. El cuello me dolía y después descubrí que tenía un moretón. Por supuesto que cuando llegué a casa ya no me pude contener, mi madre salió y pagó el viaje, mientras yo lloraba y sacaba todo para afuera.

Cuando me calmé, estuve hablando con mis viejos. Llegamos a la conclusión de que no servía de mucho hacer la denuncia a la policía. En primer lugar, era difícil que los agarraran; en segundo lugar, si los agarraban, seguro que salían al poco tiempo. ¿Qué podía pasar entonces si me los volvía a encontrar? Seguro que no tendría tanta suerte.

Después mi viejo, que estaba muy enojado, estuvo hablando acerca de lo difícil que se estaban poniendo las cosas, sobre todo para los adolescentes, que todas las noches éramos víctimas de otros adolescentes y que ni siquiera nos animábamos a denunciarlos. Decía que al final el miedo nos estaba ganando a todos, un poco más cada día.

Esa noche después de varias horas en las que no podía dormir, decidí levantarme y prender la computadora. Entré en el programa de correo, pensando en escribirle a todos mis amigos contándoles lo que me había pasado y justo descubrí que tenía *mail*. No cualquier *mail*, sino uno de ella, de Eliana.

Un mes, todo un mes le había llevado sentarse a escribirme. Yo le había mandado un montón de *mails*, hasta

que dejé de hacerlo. Pero en ese momento, cuando revisé los mensajes, vi que debajo de los habituales envíos de Equis adjuntando fotos de mujeres desnudas, o los chistes de Diego, había uno titulado: “PERDONAME”.

Me quedé un rato sentado, mirando la pantalla. Lo único que me faltaba era que ahora ella escribiera que estaba saliendo con alguien más. Fui al baño y volví. Me levanté otra vez, me serví un vaso de agua mineral, volví y empecé a leer.

14

<Sebastián: ¿qué hacés? ¿Estás enojado? Lamento que no te contesté antes, pero leí todos tus mensajes. Te iba a escribir enseguida, pero dudé. Pensé que si lo hacía de una era como seguir con algo que no sé para adónde va, si es que va para alguna parte. Porque, ¿cómo podemos hacer, si yo estoy acá y vos allá? Pero después pensé que, bueno, en una de esas podíamos mantener contacto y querernos igual, aunque fuera así. No sé, es todo un lío, así que te pido que me des tiempo para tratar de ordenar mi cabeza.

Cuando llegué fue redifícil. Mi viejo no había ido al aeropuerto. ¿Te imaginás? Llega tu hija desde el otro lado del mundo y vos no vas a recibirla. Me dieron ganas de subirme al avión y pedirles que me trajeran de nuevo, pero no tenía plata y además tampoco quería volver a lo de mi madre... Bueno, vos sabés. Entonces me la jugué y

salí, me subí a un taxi y le di al chofer un papelito con la dirección. El viaje demoró como una hora. Por suerte tenía cincuenta dólares que mi madre me dio por las dudas, ya que me salió cuarenta y cinco, sí ¡cuarenta y cinco! Tenía una bronca terrible. Me bajé ahí en la calle Damen y me quedé en la vereda viendo cómo el taxi se alejaba. Creo que nunca en mi vida me sentí tan sola. La calle era linda, con árboles muy altos y edificios bajos, todos igualitos y de ladrillos. Caminé hasta la puerta, toqué timbre y nada. No había nadie. Así que me senté en el escalón, abrazada a mi valija y me quedé ahí como dos horas y media, viendo pasar a la gente, niños en bicicleta, viejas con perros, autos y más autos. Al final apareció y tuve ganas de tirarle la valija por la cabeza. Pero justo, es increíble, noté que tenía un brazo enyesado. Resulta que había tenido un accidente en el trabajo, antes de salir hacia el aeropuerto. Después de que lo curaron, fue a buscarme, desesperado, y cuando no me encontró, recorrió todo el lugar. Los de la aerolínea le confirmaron que yo había llegado, así que imagínate. Cuando me vio se puso tan contento, que corrió a abrazarme y no me dio para decirle nada. Nos pusimos a llorar como en las películas.

El apartamento es un asco. Es chiquito, con un dormitorio solo y un recoveco adelante del living donde puso una cama para mí. Tiene pocas cosas: la tele, obvio, la computadora, un par de sillones, una mesa. Me di cuenta de que en realidad no le iba muy bien. Bueno, la cosa es que me anotó en este liceo privado, católico, de monjas. Me dijo que era medio caro pero que iba a hacer

horas extra. Me explicó que acá los liceos públicos son un relajo, como muestran en la tele, con las pandillas, las drogas, toda la historia y que un amigo uruguayo le había recomendado este que era tipo clase media trabajadora. Es decir, gente que laboraba y se rompía por los hijos y por el futuro y esas cosas. El tema era que ya estaban por empezar las clases y descubrí que al otro día tenía que ir a ese lugar con nombre de santo.

16

El liceo, el edificio quiero decir, está bueno. Es enorme, todo de ladrillos, con biblioteca, laboratorio, gimnasio y una iglesia atrás. Las monjas son bravísimas, andan todo el día a los gritos con los alumnos. Ah, me olvidaba, es mixto. Pero no te preocupes, los yanquis parecen todos nenes grandes, se ríen de cualquier cosa, tienen trillones de granos. Eso también es como en las películas esas de estudiantes que son todas iguales. Están los del equipo de *football* como le dicen ellos a esa especie de rugby de robots que juegan. Esos andan siempre juntos y son medio tarados, empujan a todo el mundo y se hacen los gallitos. Después están los tragas, con lentes y aparatos en los dientes. Ojo, no sé si es que les pasa algo distinto acá, pero hay un montón con lentes y aparatos. Al principio pensé que capaz que era una moda o algo. Están, claro, las minas de la barra de aliento o algo así, esas que bailan y cantan en los partidos. Son imbankables, se creen que son estrellas de cine o algo. Y después hay una mezcla de todo un poco, como allá: los *skaters*, los metaleros, los latinos, los negros, los irlandeses, los italianos. Como es un liceo católico hay pila de irlandeses, italianos y latinos.

Mi primer día fue terrible. No entendía una palabra. Una monja me llevó a una clase, dijo algo y todos dijeron algo. Después me señaló un banco y me senté. Me quería morir. Al lado mío estaba George, que es latino, que me habló en castellano, aunque con un acento bien gringo porque vive acá desde que tenía un año. Él me presentó a Paul, que es un yanqui de pelo largo y castaño, medio chiflado, que toca el piano y lee novelas durante las clases. Con George nos hicimos amigos, aunque él dice que no tengo pinta de latina ni ahí. Paul dice lo mismo. No te hagas historias, te dije que nos hicimos amigos y nada más. Con el lío que tengo en la cabeza, no me da para pensar en nada. Además, ya bastante tengo tratando de entender lo que dicen los profesores, aunque de a poco voy agarrando la mano.

17

Y bueno, ya pasó un mes. Todavía no me agarré de los pelos con nadie, aunque hay una rubia, Nancy, que se cree miss universo y se junta con otras en la cantina, acá le llaman cafetería, igual que en español, que ya va un par de veces que me señala y dice algo y sus estúpidas amigas se ríen. George dice que nos les haga caso y que si armás lío te suspenden, pero no sé. ¿Y vos en qué andás? Supongo que consiguieron batero o batera (espero que no sea mujer, je, je). ¿Tocaron en algún lado? ¿Se van a presentar al concurso de bandas de la tele? Estoy segura de que podemos, pueden, ganar algo. ¿Sigue de moda la cumbia? Bueno, Sebastián, sé que no te hablé de cosas importantes, pero es como que la distancia... bueno, ya sabés... esas cosas. Ahora estoy medio confundida y

cansada. Con mi viejo las cosas van ahí, ni bien ni mal, ya que está todo el día trabajando, aunque tuvo unos cuantos días libres por lo del brazo. Hace siglos que no toca la batería, dice que acá es muy difícil, que hay millones de bateros muy buenos. Hablamos bastante. Descubrí que la MTV de acá es casi tan mala como la latina, pero por suerte hay pila de canales de música. Todavía no fui a ningún concierto, pero a cada rato hay alguno, así que un día de estos voy y después te cuento.

18 Sebastián, no te hagas problemas por mí. En serio, viví tu vida como te parezca, no quiero que sientas que me debés nada. Después la seguimos. Espero que no estés enojado y que me contestes. Un gran beso,

Eli

PD: decile a Ricardo y a Nico que escriban y a Equis que deje de mandarme fotos de tipos desnudos, que una vez es gracioso, pero diez ya es medio pesado. Ah, y a Diego, que me cuente si encaró con la morocha aquella que lo tenía medio loco.>

Tenía ganas de contestarle enseguida, de contarle lo que me había pasado, pero me sentí demasiado bajoneado. No tenía ganas de pensar, aunque la imaginaba allá con esos tipos altos y rubios de dientes siempre blancos. No sabía qué pensar acerca de sus amigos, excepto que era una gran casualidad que justo se llamaran como dos de los Beatles, el grupo favorito de su madre. Capaz que encontraban un John y armaban terrible banda y Eliana se hacía famosa y millonaria. Apagué la compu, no tenía

ganas de escribir. Todavía me duraba el susto, así que prendí la tele y me puse a ver una película, con la esperanza de que durara varias horas, al menos hasta que amaneciera. Hacía mucho calor y pensé en lo extraño que era todo. Ella allá, en un lugar donde empezaba a hacer frío, y yo acá, sudando.

Recuerdo que me entró sueño y que había muchas imágenes en mi mente: los dos chorros, Rafa, Eliana tocando la batería con los Beatles... Desperté al mediodía, empapado. Me sentía como un pollo que de pronto se despierta en un horno. Miré por la ventana. En la plaza los tipos de la fábrica de a la vuelta estaban sentados a la sombra, tomando cerveza.

Esa tarde teníamos ensayo y sentí que realmente tenía muchas ganas de tocar la guitarra para sacarme todo de adentro. Estábamos probando unos temas, para grabar un demo para el concurso que había mencionado Eliana. Todo el mundo nos había dado manija con eso, aunque faltaba un mes para que cerraran las inscripciones. Se suponía que presentabas un casete con un tema y después te avisaban si entrabas o no. Entrar ya sería todo un logro, porque el año pasado habían hecho uno y se presentaron más de ochocientos grupos y sólo eligieron ochenta y pico.

La sala de ensayo quedaba en el Centro, pero no voy a entrar en detalles aburridos. Repetimos los temas un montón de veces, probamos cosas distintas y terminamos por decidirnos por dos posibles: uno era de Ricardo y Nico, el otro lo había hecho yo; teníamos que decidir

cuál presentaríamos al concurso. Eso lo dejamos para otro día. Igual no importaba mucho, éramos una banda, y éramos amigos, siempre decidíamos entre todos.

Lo bueno era que también, en dos semanas, teníamos un toque en un teatro del Centro. Era un teatro chico, que alquilaban para que tocaran bandas y nosotros íbamos a tocar con por lo menos otras cuatro. Ya habíamos actuado ahí, la primera vez que lo hicimos con Rafa, y nos había ido muy bien.

20 Salimos de la sala y fuimos a lo de Ricardo. Como siempre, nos tiramos en su cama o en el piso a escuchar música y hablar. Al rato cayó Equis.

—¿Qué hay? —preguntó con su aire de despistado.

—Nada, como siempre —contestó Ricardo.

Estábamos discutiendo quiénes eran mejores, si los Red Hot Chilli Peppers o Rage Against the Machine. A mí me gustaban los dos por igual, Ricardo decía que los Peppers, Rafa en realidad tenía un corazón medio de metal, así que solía escuchar otras cosas y Nico decía que para él la mejor banda del mundo era Korn. Y así estábamos cuando llegó Diego, acelerado como siempre.

—¡Salud, pueblo! —saludó abriendo sus brazos como hacen los políticos—. Les traigo grandes novedades del mundo real.

A Diego le gustaba bromear con una película que habíamos visto, en la que se descubría que la vida no era de verdad, sino una especie de programa de computadora. Según eso, todos nosotros vivíamos en un mundo imaginario. El mundo real, según Diego, era todo lo que no

formaba parte directa de nuestras vidas. Él decía que alguien había inventado nuestra realidad de mentira sólo para ver hasta dónde aguantábamos, como si fuera una prueba de supervivencia.

—¿Te das cuenta? —dijo cuando le conté mi experiencia de la noche anterior—. Esos son agentes, los programan para jodernos la vida. Pensá: vos ibas bien, la banda estaba sonando cada vez mejor, habían tocado allá en el interior, donde dejé muchos corazones rotos y vos fuiste apretado por la prima de Eliana,* después de eso varios meses de ensayo y toques, en la plaza Mateo, en Perdidos. Todo bien. Pero ellos no se pueden permitir que algo esté bien, así que cambian el programa y, ¿qué pasa? Eliana se va a Estados Unidos. Igual, como vos seguís con tus cosas, mandan dos monos para asustarte, para que te convenzas de que nada vale la pena. Pero es todo mentira, lo sé, porque conozco el mundo real.

Todos se rieron. Nico le preguntó cuáles eran las novedades.

—Como acabo de decir, esta noche vamos a ir todos al Mundo Real, es un boliche que inauguran unos conocidos de un amigo que me consiguió un toco de invitaciones. Dice que va a haber de todo, mucho para tomar, muchas mujeres y baños que funcionan.

Sonaba bien y todos estuvimos de acuerdo en ir. El plan era invitar a toda la barra, incluyendo a varias amigas. No sería muy difícil entrar y después pasarles las invitaciones por la ventana a los demás. Eso ya era un clásico entre nosotros, cuando lográbamos pasar la

puerta sin que se dieran cuenta de que éramos todos menores.

—Chau, loco, ¿el Mundo Real? —preguntó Equis, como si acabara de entender las palabras de Diego—. ¿Seguro que va a haber mujeres?

22 Como alguno de ustedes ya debe haber adivinado, Equis estaba atravesando una etapa en la que parecía tener una sobredosis de hormonas. Él, que antes era un tipo callado y casi misterioso, habitaba ahora un mundo que se reducía a eso: mujeres y música, al punto que parecía tener una especie de invisible botón de encendido. Podía estar horas ahí sentado, sin hacer o decir nada, hasta que alguien mencionaba alguna palabra mágica como “sexo” o “mujeres”. Después resultaba difícil volver a apagarlo.

—¿Pero estás realmente súper seguro? —insistió.

—Sí, mi pobre amigo hambriento, ¿acaso tu líder te defraudó alguna vez antes?

Volvimos a reírnos y después quedamos en encontrarnos en una esquina del Centro a la medianoche. Si bien la casa de Ricardo no quedaba muy lejos de la mía, me tomé un ómnibus porque llevaba la guitarra y tenía miedo de que me la robaran. Después estuve algunas horas tirado en mi cama mirando el techo y escuchando música, pensando en qué le iba a escribir a Eliana... si es que le escribía.

Esa noche iba a comprobar que la teoría de Diego acerca de que había alguien allá afuera ocupándose de embromarnos la vida tenía que ser verdad. No había otra explicación.

Mail para Eliana:

23

<¿Así que monjas, eh? Ahora no tengo mucho tiempo para escribir porque nos vamos a un boliche que encontró Diego. Después te cuento. Espero que todo marche bien y que no termines por convertirte en la Yoko Ono de George y Paul. Un beso.

Sebastián>

Apagué la máquina y encaré la siempre difícil tarea de manguear a mis viejos. El interrogatorio fue el de siempre: ¿dónde? ¿Con quién? ¿Hora y vehículo de regreso? Después las quejas consabidas de “no somos millonarios” o “¿cuándo vas a conseguirte un trabajo, de esos de pocas horas, como algunos de tus amigos?”. Al final aflojaron lo justo, como siempre.

Más tarde estaba parado en 18 y Ejido esperando que llegara algún conocido. Nico fue el primero, ya que ahora vivía por la Ciudad Vieja y le quedaba más cerca; después aparecieron Ricardo y Rafael. Esperamos un rato,

mirando pasar a la gente, y decidimos seguir hasta el boliche, que quedaba a unas pocas cuadras.

Nos detuvimos en la esquina, justo frente al local. De todos modos teníamos que esperar a Diego, que era el del contacto y las invitaciones.

—La veo difícil —comentó Nico.

—No pasa nada —alentó Ricardo.

24 Al boliche llegaba ya bastante gente y todos estaban vestidos a la moda. Pero el comentario de Nico no tenía tanto que ver con el hecho de que, en comparación, parecíamos unos bichicomes, sino con nuestras posibilidades de traspasar la entrada. Ricardo, que era alto y pasaba bien por alguien de dieciocho años, era optimista porque generalmente a él nunca le pedían la cédula. Yo no era ni alto ni bajo y supongo que tenía aspecto medio indefinido en cuanto a la edad; mis amigos decían que yo podía tener catorce, dieciséis o veintidós y que dependía más que nada de mi actitud, así que en ese momento estaba concentrado tratando de tener una actitud de diecinueve años, un año más, sólo por las dudas.

—Mis queridos votantes —dijo una voz a mis espaldas—, su amado líder está aquí para guiarlos por el camino de la virtud.

No hace falta aclarar de quién se trataba. Diego se había vestido al estilo de los años setenta, esa onda disco music, con un saco blanco y la camisa con el cuello por afuera. Eso sí, llevaba vaqueros anchos y championes rotos, igual que todos nosotros. A su lado Equis asentía en silencio. Tenía puesta una camiseta del cuadro de

fútbol del barrio, de esas de muchos colores que se pueden ver a quilómetros de distancia.

—Equis quiere pasar desapercibido —bromeó Nico.

—Sí —contestó Equis con seriedad—. Siempre es mejor no llamar la atención.

Cruzamos con Diego a la cabeza y nos quedamos cerca del cordón, mientras él conversaba con el portero, mostraba las invitaciones y nos señalaba. El de la puerta nos miraba con desconfianza. Conversaron un poco más hasta que Diego nos hizo señas.

25

Ricardo, Rafa y Nico pasaron, ante la atenta mirada del señor Doberman, que me miraba con atención. Dudaba. Supongo que mi actitud estaba funcionando porque de pronto me dijo que entrara. Afuera quedaban Diego y Equis. El señor Doberman sólo le pidió el documento a Equis, lo miró y lo dejó pasar. Diego, por supuesto, no tuvo problemas.

—¿Le mostraste la cédula? —le pregunté a Equis, que tenía mi edad—. ¿No te dijo nada?

Equis sonrió, metió la mano en el bolsillo y me mostró su documento: era el del hermano.

Nos reunimos en un costado de la pista. Había un montón de gente. Las mujeres bailaban solas con sus amigas, bajo las luces giratorias y brillantes, y los hombres las miraban desde los costados mientras fumaban y bebían. Los parlantes emitían música tropical que hablaba de comida y luego de menear partes del cuerpo. Lo usual.

Hicimos una colecta y Diego fue a la barra a comprar la primera cerveza; luego la segunda y después se metió en la pista y comenzó a ensayar toda clase de bailes alocados. Hizo, como siempre, un paso que él llamaba “Elvis en el Paso Molino” y no tardó en ponerse a conversar con un grupo de muchachas. Nosotros lo veíamos hacer grandes gestos con los brazos y sus chistes de siempre (porque las chicas se reían) y estoy seguro de que todos, más o menos, envidiábamos su forma de ser, así, tan para afuera. A nosotros nos costaba por lo menos cuatro cervezas llegar al punto en que podíamos hacer bobadas y divertirnos.

Siempre pensé que es extraño que todo el mundo necesite tomar cosas para poder mostrarse como es en realidad o como le gustaría ser. No lo sé. Mi viejo siempre contaba una anécdota acerca de un desfile que había visto en el que marchaba una murga. Detrás iba un montón de gente moviendo la cabeza, muriéndose de ganas de ponerse a bailar y saltar, pero no lo hacían. Eran demasiado uruguayos. Y bueno, quizás ese era el problema, nosotros también éramos uruguayos. Muchas veces hablábamos de eso con los amigos. Algunos decían que los brasileños sabían vivir mejor porque pasara lo que pasara estaban siempre alegres; podían estar muertos de hambre y agarraban un par de tapitas, armaban una batucada y todos se ponían a bailar.

Yo pensaba que ser siempre así también podía ser medio aburrido; que a veces había que descansar un poco de estar todo el tiempo alegre y para arriba. Otros decían, por ejemplo, que los porteños también eran mucho más

extrovertidos. Lo veíamos cuando pasaban algún recital de una banda argentina: la gente saltaba, cantaba, llevaba carteles como a las canchas de fútbol y se copaba desde el principio. Acá, cuando tocabas —o cualquier otro grupo, exceptuando dos o tres de los más famosos—, necesitabas que los amigos empezaran a agitar un poco para que la gente se enganchara. Si no, pasaba como con los que seguían a la murga, la gente se quedaba ahí parada, moviendo la cabeza, con ganas de hacer más que eso, pero sin animarse.

27

Tuve que interrumpir mis agudas reflexiones porque Diego nos hacía señas desde la pista. Equis salió disparado como un correccaminos flúo (efecto de las luces) y los demás avanzamos con cautela hacia el grupo de chicas. Pero Diego ya tenía todo organizado y como en esos concursos de armar parejas, agarraba a una chica del brazo y la colocaba delante de uno de nosotros. Ellas parecían divertidas. La que se me paró delante era bastante linda, un poco más alta que yo, se llamaba Carolina y estudiaba en un instituto religioso. Pensé en Eliana, pero apenas por unos segundos.

—¿Así que tienen una banda que va a tocar en la tele?
—preguntó.

Sonreí. Era posible que tocáramos y también era posible que quedáramos fuera. Así que preferí no contestar directamente.

—Eso dicen.

—¿Y qué tipo de música hacen? A mí me encanta la música, Ricky Martin y esas cosas.

—Bueno, lo nuestro es un poco diferente.

—¿Tropical?

28

No quería espantarla, así que volví a sonreír y ella se puso a bailar. Tenía unos pantalones muy ajustados y decidí tratar de seguirle el juego. ¿Vieron a esos tipos que se bailan todo, esos que giran y dan saltos y la gente se queda mirándolos y forma una ronda alrededor? Bueno, olvidense. Siempre fui de madera para el baile, algo así como alguien con las dos piernas enyesadas. Pero ella, Carolina, no parecía prestar demasiada atención a mis movimientos de oso de circo ruso.

Equis estaba desacatado. Saltaba como un canguro eléctrico y la petisita rubia que estaba con él se mataba de la risa. Ricardo, Rafa y Nico ensayaban juntos y en línea un paso que le habían visto a un grupo retrucho de parodistas en el tablado del barrio, el carnaval pasado. Diego, por supuesto, giraba y se movía como si fuera el mismísimo inventor del mambo.

Una hora y un par de cervezas después la mitad de la barra estaba realizando aproximaciones más o menos bien recibidas. La otra mitad, en la que me encontraba yo, no estaba ni ahí. Bueno, la verdad es que yo no había intentado nada. No tenía demasiadas ganas. O sí. No lo sé. En ese momento me sentía algo confundido. Por momentos pensaba en Eliana y en esa cosa de no saber qué éramos ahora. ¿Amigos a la distancia? ¿Novios?

—¿Vamos a sentarnos?

La voz de Carolina me había traído de regreso a la pista. Dije que sí y nos fuimos para unos sillones bastante

cómodos que había en un rincón oscuro. Nos sentamos en silencio. Ella me miraba y sonreía; sonreía todo el tiempo. Tenía ganas de preguntarle qué le pasaba. Se corrió un poco más hacia mí, hasta quedar bien juntos. Entonces me agarró y me besó, así, de una. Yo justo había prendido un cigarro y casi me ahogo con el humo. La verdad es que me sentí bien. Es que hacía tiempo que me sentía medio solo. No lo digo para justificarme pero, bueno, de última, ¿dónde estaba Eliana? ¿Por qué no estaba ahí? Ella había decidido irse y yo no había podido hacer nada para que se quedara. Además, digamos que la cerveza y el baile me habían puesto bastante contento. O sea que terminé por soltar el freno de mano y me dejé ir por la bajada.

—Seba —dijo una voz desde alguna parte—. ¡Seba!

Me desprendí de aquel abrazo y giré la cabeza. Era Diego.

—¿Qué querés?

—El Iname —me dijo al oído.

No se podía creer. Siempre la misma historia. Vi que tres mujeres veteranas hablaban con el dueño del boliche. La opción era levantarse disimuladamente y enfilarse hacia el baño. Le dije a Carolina que volvía enseguida y empecé a caminar entre la gente. Más allá vi que los otros trataban de colocarse en la punta más lejana posible de las inspectoras. Me sentía como un delincuente y me daba mucha bronca tener que esconderme como si lo fuera. Vi que las tres mujeres se separaban y avanzaban hacia la pista. Una, de pelo teñido de rubio, le pidió

los documentos a algunas chicas; otra, una morocha, comenzó a recorrer las mesas y a inspeccionar las caras, para ver si detectaba algún menor; la tercera se quedó parada montando guardia justo delante de la entrada a los baños. Diego y yo nos detuvimos y dimos la vuelta. Lo que nos quedaba era tratar de mezclarnos entre la gente, alejándonos del lugar por el que pasaban las inspectoras.

30 Estuvimos dando vueltas de un lado para otro como veinte minutos o más. Una de las inspectoras estaba ahora revisando el documento de Equis y pensé que habría sido bueno tener un hermano mayor que me prestara la cédula.

—Detesto este país —dijo Diego.

Yo no podía decir lo mismo. Las cosas iban mal, era cierto, pero también había cosas buenas: los amigos, la banda, la familia y eso. Lo que sí detestaba era esa cosa de sentirse perseguidos todo el tiempo. Si no era por los vecinos que te miraban raro si estabas en la esquina con tus amigos, era la gente en el ómnibus que te miraba si usabas arito o ropa un poco rota. La policía te miraba siempre como si acabaras de asaltar a una vieja frente al BPS y encima no podíamos ir a ningún lado. Las mejores películas estaban prohibidas, los lugares donde tocaban las bandas que nos gustaban estaban prohibidos para menores, no podíamos ir a bailar sin hacer trampa; y después, en los diarios, salían esos expertos quejándose de los jóvenes. ¿Qué otra cosa se podía hacer en esta ciudad hasta que cruzabas la famosa línea de los dieciocho? ¿O pensaban que con echarnos de todos lados, con no

dejarnos entrar en ninguna parte, decidiríamos quedarnos encerrados durmiendo? ¿Es que esa gente nunca tuvo dieciséis años, diecisiete? ¿Qué hacían ellos a esa edad? ¿Se quedaban en casa jugando a El Banquero?

En una de esas vueltas me topé con Carolina. Ella también intentaba zafar.

—¿Y si nos vamos? —sugirió.

Estuve de acuerdo. Diego rescató a su chica, Equis había logrado burlar la inspección y seguía bailando, Nico, Ricardo y Rafa habían desaparecido; capaz que en una de esas vueltas habían logrado llegar al baño. Así que salimos los cuatro y empezamos a caminar hacia 18. Carolina seguía estando muy cariñosa y proponía ir un rato a la rambla. Yo no quería; a esa hora, solos allá, estaríamos regalados.

Terminamos en una pizzería que todavía estaba abierta. Juntamos lo que nos quedaba de plata y compramos dos muzzarellas y una última cerveza. Después, cuando los mozos empezaron a barrer y a poner las sillas encima de las mesas, salimos caminando hacia la parada. Todos intercambiamos teléfonos y quedamos en llamarnos y esas cosas que se dicen siempre. Ellas tuvieron suerte porque su ómnibus vino más o menos enseguida, Diego y yo esperamos como cuarenta minutos. Durante todo el viaje de regreso, pensaba en Carolina y en Eliana. ¿Qué tenía que hacer? ¿Escribirle? Hola, ¿a que no sabés qué hice esta noche? En todo caso tenía demasiado sueño y ganas de ir al baño como para poder decidir algo. Cuando llegara a casa vería, a lo mejor tiraba una moneda. Pero

cuando estuve finalmente en mi cuarto y vi la pantalla apagada, sentí la necesidad de ponerme en contacto con ella. Ya sé, fue un error bastante estúpido. Pero bueno, ¿quién es perfecto?

32

<Sebastián: La verdad es que no te entiendo. No sé por qué me contaste lo de esta tal Carolina. ¿Qué se supone que haga yo? ¿Querés que te diga que está todo bien? Si es eso, bueno, por mí está todo bien. Ninguno de los dos iba a suponer que podíamos seguir juntos estando tan lejos. Igual me jodió, como supongo que te va a embromar a vos que te diga que hay un tal Joseph en mi clase que medio me gusta, ¿ta? Son cosas que cada uno debería guardarse para sí mismo. Porque si estamos juntos, genial. Pero ya no lo estamos, aunque nunca dejamos oficialmente ni nada por el estilo. Supongo que esta fue tu manera de hacerlo oficial. Bien, te deseo lo mejor y espero que podamos seguir siendo amigos. Igual me pareció, por tu manera de escribir, que estabas un poco pasado. Ya sabés que no me gusta que exageres con eso. Acá las cosas van más o menos. Me adapto, aunque está empezando a hacer frío y en la tele dicen que en cualquier momento va a nevar. Eso debe estar bueno. La gente sigue siendo medio rara. Tenemos un vecino que, según mi viejo, hace años que vive en el apartamento de al lado y no lo conocemos. En el segundo piso hay un matrimonio japonés. Son los únicos

que saludan cuando te cruzás en la escalera. El liceo está bastante bueno y es fácil, al menos la matemática parece ir más atrasada que la que nos daban a nosotros. Ahora resulta que soy una genia en matemática, justo yo que siempre me la llevaba. Aunque todavía no entiendo demasiado el idioma, ya me aprendí todas las malas palabras. Perdoná que te esté contando estas cosas, capaz que vos querías que me pusiera a llorar como una idiota o algo. De otro modo no sé por qué me escribiste. Pero, ta, no quiero pelear, te quiero mucho igual... Una última cosa, es algo bobo, lo sé, pero hoy me pegué terrible susto en clase. Estábamos ahí, justo en la clase de religión (mi favorita) y de pronto sonó una alarma fortísima. Todos el mundo se paró, se puso en fila y yo hice lo mismo. Después todos fueron saliendo, fila por fila al pasillo, por donde pasaban al mismo tiempo las demás clases. En cinco minutos o menos estábamos todos formados en la esquina. Cuando trataba de preguntarle a alguien me contestaban *drill, drill*. Después George me explicó que es un simulacro de evacuación en caso de incendios. Lo hacen una vez por mes. Me puse a pensar en qué pasaría si un día hubiera un incendio allá, en el 26, y me dio un miedo bárbaro. Bueno, prometo no enojarme con lo de esta amiguita tuya, si vos prometés no enojarte conmigo en caso de que yo haga lo mismo. Espero que la banda siga para adelante. Un beso grande (en la frente, esta vez) y aguantate el rocanrol.